

Psychology and critics: strange bed partners. What we can learn of ayn rand's critic to psychologization

Jan de Vos*

* Universidad en Cardiff, Gales. Magíster en Psicología (Universidad de Gante, Bélgica). Doctor en Filosofía (Universidad de Gante, Bélgica). <https://orcid.org/0000-0002-9659-504X> Correspondencia: janr.devos@outlook.com

Psicología y crítica: extraños compañeros de cama. Lo que podemos aprender de la crítica de Ayn Rand a la psicologización

Cómo citar este artículo: De Vos, Jan. (2020). Psicología y crítica: extraños compañeros de cama. Lo que podemos aprender de la crítica de Ayn Rand a la psicologización. *Tesis Psicológica*, 15(2), 94-109. <https://doi.org/10.37511/tesis.v15n2a5>

Recibido: abril 29 de 2020
Revisado: abril 29 de 2020
Aprobado: No arbitrado

ABSTRACT

How to connect psychology with critical thinking? In this essay I do this by introducing two extra terms. The two terms both refer precisely to the critique of psychology itself. The first is the critique of psychology from psychoanalysis and the second is the critique of psychology from a right-wing and conservative agenda. Starting from the latter, I engage with the work of Ayn Rand (1905-1982), novelist and cult-philosopher, whose work is one of the most radical eulogies on capitalism. Rand voiced a very sharp critique of psychology and psychologization, but I will argue that Ayn Rand eventually relapses into psychology and psychologization. As Silicon Valley pundits draw inspiration from Ayn Rand and her objectivist philosophy/ psychology, the digitization of subjectivity presents us with an exemplary case for scrutinizing how the models and theories of psychology are integral to the backbone of today's digital capitalism. From here it is clear that for a critique of psychology from psychoanalysis to be a critique that does not relapse into psychology and psychologization, it has to be a political critique, a committed and partisan critique.

Keywords: The critique of psychology, Ayn Rand, psychologization, psychoanalysis, digitalization.

RESUMEN

¿Cómo conectar la psicología con el pensamiento crítico? En este ensayo lo hago para introducir dos términos más. Los dos términos ambos refieren precisamente a la crítica de la psicología misma. El primero es la crítica de la psicología desde el psicoanálisis y el segundo es la crítica de la psicología desde una agenda derechista y conservadora. Partiendo de este último, involucro a la obra de Ayn Rand (1905-1982), novelista y filósofa de culto, cuya obra es uno de los elogios más radicales sobre el capitalismo. Rand ha formulado una crítica muy aguda de la psicología y la psicologización, pero, argumentaré que Ayn Rand al fin y al cabo recae en la psicología y la psicologización. Ya que los eruditos de Silicon Valley se inspiran en Ayn Rand y su filosofía/psicología objetivista, la digitalización de la subjetividad nos presenta como un caso ejemplar para escudriñar cómo los modelos y teorías de la psicología son parte integrante de la columna vertebral del capitalismo digital de hoy. Desde aquí es claro que para que una crítica de la psicología desde el psicoanálisis sea una crítica que evite recaer en la psicología y la psicologización, tiene que ser una crítica política, una crítica comprometida y partisan.

Palabras clave: crítica de la psicología, Ayn Rand, psicologización, psicoanálisis, digitalización.

Introducción

¿Cómo conectar la psicología con el pensamiento crítico? ¿Este podría ser el ejercicio de pensamiento crítico por excelencia! Por lo menos, a este respecto, el argumento típico según el cual el “pensamiento crítico” es un pleonasma, y que el término “psicología crítica” comparte el mismo problema, en realidad tiene poco sentido. Claramente, en el mundo real hay mucho pensamiento acrítico y mal meditado. Por eso cuando me preguntan en clase “¿puedo hacer una pregunta estúpida?” Nunca respondo con la frase estándar de que no existe ninguna pregunta estúpida, nosotros los profesores sabemos más que eso. Por ende, además, en el pensamiento acrítico y mal meditado en general, hay mucha psicología poco crítica y poco aconsejable en particular. Con respecto a esto último, basta con considerar cómo los psicólogos coinciden fácilmente, por ejemplo, con todo tipo de neuromitos (De Vos, 2016) y recuerdan cómo la psicología y los psicólogos se han involucrado en prácticas reprochables como la tortura y han tenido roles dudosos, como en la psicologización y despolitización de la ayuda humanitaria (De Vos, 2012). Así pues, por razones prácticas y concretas, tiene sentido un llamado a un pensamiento más crítico y, en ese sentido, más criticidad en la psicología.

La clave del asunto es entonces que, cuando nos enfrentamos a un pensamiento acrítico, siempre existe la tendencia de recurrir a la psicología para explicarlo y afrontarlo. Piénsese, por ejemplo, en cómo recurrimos fácilmente a la psicología para comprender las idiosincrasias, por no decir idioteces, de los líderes mundiales contemporáneos como Donald Trump: ¿no debería, por ejemplo, ser diagnosticado con un trastorno narcisista de la personalidad (Marano, 2017)? ¿O, de otra parte, no es más apropiada la etiqueta de psicópata? Y más allá de etiquetar al propio Trump, ¿no nos estamos inclinando también a usar

teorías y modelos psicológicos para entender por qué la gente vota por personas como Trump, o incluso, por qué la gente respalda a políticos que están privatizando y recortando programas a los que ellos mismos tienen derecho (en gran medida necesarios para ellos) como la seguridad social o la atención médica? ¿Se puede explicar la falta de criticidad del público en general, concretamente con la psicología?

En todo caso, la primera tarea aquí es ser sospechoso cuando los psicólogos ingresan tanto al campo cultural como político y afirman ser voceros de la criticidad. Por razones obvias, al esencializar y naturalizar los asuntos socio-económicos-políticos, se terminan despolitizando los problemas sociales. Por consiguiente, más que a menudo se convierten en esclavos de los discursos hegemónicos y de las clases dominantes, ya que estas últimas pretenden precisamente fundamentar su poder en la necesidad de la realidad y la naturaleza de las cosas para silenciar a la oposición. Como tal, la crítica siempre está en peligro para confirmar y consolidar lo que está siendo criticado. Además, al movilizarse especialmente cuando los procesos sistémicos están en crisis, la crítica permite que el sistema recupere un nuevo equilibrio y así permanecer en juego. Para ilustrar esto con un ejemplo simplificado dentro de la psicosfera: cuando las nuevas economías neoliberales resultaron ser despiadadas y desconsideradas con las personas, el llamado crítico a tener en cuenta tanto las emociones como el bienestar, resultó en establecer programas psicosociales generalizados en escuelas, lugares de trabajo y hospitales públicos. Se pidió a la gente que se hiciera cargo de su propio bienestar, resultando por supuesto, que encajaron más en la economía neoliberal, pues precisamente convierte a todos en dueño de su propio bienestar. En este sentido, es revelador cómo en la atención psicosocial se llama a las personas “clientes”, mientras que los cuidadores consideran cada vez más el cuidado personal

como un servicio, o incluso como un bien para entregar y vender.

En oposición a este tipo de psicología crítica, uno podría verse impulsado a una crítica más fundamental de la psicología. Así las cosas, podríamos rechazar la psicologización de Trump y la posterior psicologización de sus votantes. Ahora bien, aquí llegamos al giro final de mi introducción, ¿no es aquí donde nosotros, los críticos de la psicología y de la psicologización, nos encontramos la incómoda presencia de otros tipos de críticas a la psicología con una agenda claramente conservadora y no emancipadora? Piénsese a este respecto que, en los círculos religiosos siempre ha habido un gran rechazo a la psicologización de la religión y de sus prácticas. O para dar otro ejemplo: mientras se critica la educación actual por estar altamente psicologizada, convirtiendo a las escuelas en centros de bienestar, de repente uno podría encontrarse con personas que quieren que la escuela se ocupe de la enseñanza de cánones y de la inculcación de la disciplina. Por consiguiente, los críticos de la psicología corremos el riesgo de encontrarnos en la incómoda compañía de neoliberales conservadores que atacan, por ejemplo, la “cultura terapéutica”, y la corrección política incrustada en los psico-programas aplicados en la educación y otras esferas. Además, aquí es donde los críticos de izquierda como Christopher Lasch y Slavoj Žižek a menudo son acusados (con razón o no, lo dejo a consideración) de una posición conservadora de derecha.

Es por ello que en este trabajo quiero involucrar la obra de Ayn Rand (1905-1982), novelista y filósofa de culto, cuya obra es uno de los elogios más radicales sobre el capitalismo, y que es considerada como una de las inspiraciones más importantes de lo que se llama el *Alt-Right*. Pues es con Rand que algunas de las cosas que he descrito anteriormente se unen. Para empezar, ella escribió específicamente sobre la

“psicologización” y criticó los discursos psicológicos. Por otro lado, muy parecido a Trump, ella misma ha atraído todo tipo de análisis psicológicos sobre su personalidad, sus declaraciones, sus apariciones públicas, su biografía... Por encima de todo, está el hecho del continuo éxito o atractivo de Ayn Rand: atrae a muchos (jóvenes) aficionados que (¿sin crítica?) adoptan su crítica mordaz a lo que ella considera los principales discursos hegemónicos (los modelos liberales y socialistas del estado de bienestar). Jerome Tuccile resume muy bien los poderes de seducción de Ayn Rand y sus novelas de la siguiente manera:

Por lo general, comienza con Ayn Rand. El joven defensor en busca de una causa entra en el mundo de *The Fountainhead* o *Atlas Shrugged* como si estuviera a punto de participar en placeres sexuales inauditos por primera vez. Ha sido advertido de antemano. No hay necesidad de buscar más. La búsqueda ha terminado. Aquí está toda la verdad que has estado buscando contenida en las apretadas páginas de dos novelas gigantes (Tucille, 1972, p. 3).

Obsérvese el modo en que Tucille realiza el movimiento *proto-psicoanalítico* de plantear la atracción de la crítica de Ayn Rand y sus explicaciones arrolladoras en una esfera cuasi sexual; por cierto, en este escrito yo mismo también tendré que recurrir al psicoanálisis, creo que esto es inevitable cuando uno trata de establecer una psicocrítica. Al menos, esto hace que Ayn Rand sea un punto de partida ideal para pensar la relación existente entre la psicología y el pensamiento crítico. Dado que su crítica sobre la psicología y la psicologización puede resultar embarazosa para nosotros los críticos de izquierda de las psicociencias, probablemente tengamos que reinterpretar el argumento de Žižek's según el cual Ayn Rand es quien - como un tonto útil - se toma en serio la ideología de la derecha y, por lo tanto, revela la verdadera lógica o el embarazoso núcleo del capitalismo (Žižek's,

2002). Puede que tengamos que darle un giro a esto: ¿no es Ayn Rand una de esas derechistas que podría revelarnos el vergonzoso núcleo de nuestra posición izquierdista? En otras palabras, Ayn Rand podría ser uno de nuestros propios demonios a los que deberíamos enfrentarnos. Intentemos explorar esto a partir de la discusión de Ayn Rand sobre la psicologización.

El ataque (amistoso) de Ayn Rand contra la psicologización

Permítanme primero sostener que el problema como tal con el concepto de psicologización, es que rápidamente termina con el argumento de que debemos regresar a los tiempos previos a la psicologización y volver a las concepciones no psicologizantes sobre lo que es el ser humano. Una afirmación que es, por supuesto, muy problemática ya que en esencia asume la misma posición de la psicología y los psicólogos: disponer de un conocimiento y un acceso directo a lo que es el ser humano en realidad. Y aquí el posible vínculo con un discurso conservador/derechista es inmediatamente claro. Esto es, definir la psicologización como el desecho de todo tipo de esferas de la vida (educación, crianza de los hijos, economía, cultura...) abre la posibilidad de reivindicar que debemos liberar todas estas esferas y limpiarlas de todo el *psycho-blah-blah* de la izquierda.

Precisamente aquí la discusión de Ayn Rand contra la psicologización indica de inmediato cómo esta postura antipsicológica que se dirige a lo esencial del humano nos conduce de manera más notable no a la realidad real del ser humano, sino a un nivel fantasmático, es decir, a cómo imaginamos lo que es la verdadera humanidad. Simplemente hay que considerar cómo Rand comienza su crítica sobre la psicologización con un ejemplo ficticio, por supuesto, como se pueden imaginar, de su propia novela *Atlas Shrugged*. Por lo tanto, su afirmación de

que la psicologización oscurece lo que el ser humano es objetivamente, es seguida inmediatamente por, permítanme dar un ejemplo de su novela: Rand señala la figura de Hank Reardon de *Atlas Shrugged* que psicologiza a su esposa, es decir, Reardon se pregunta si detrás del sarcasmo de su esposa y su forma despectiva de tratarlo se esconde la verdad de un amor repudiado. Rand rechaza esto y afirma que el sarcasmo y el desprecio de la esposa podría ser lo que está en juego como tal y debería ser tomado como un valor primordial. En cierto modo se podría decir que Rand declara: ¡hay una verdad del síntoma mismo! Que, por cierto, podría decirse que suena muy psicoanalítico.

Como es sabido, el psicoanálisis no consiste en buscar una verdad oculta *detrás* de una realidad, como por ejemplo lo que un síntoma significa o quiere decir, sino que se *refiere a la falta de (o dentro) significado*, lo cual conduce, por ejemplo, a manifestaciones sintomáticas. Esto se refiere a una verdad *del* propio síntoma, en contraste con una verdad *detrás* del síntoma. Recuerden el chiste judío mencionado por Sigmund Freud:

Dos judíos se encuentran en un vagón de un ferrocarril de Galitzia. «¿A dónde vas?» pregunta uno de ellos. «A Cracovia», responde el otro. «¿Ves lo mentiroso que eres? –salta indignado el primero.– Si dices que vas a Cracovia, es para hacerme creer que vas a Lemberg. Pero ahora sé que de verdad vas a Cracovia. Entonces, ¿para qué mientes? (Freud, 1972, p. 1093).

Esto demuestra que la idea de una verdad del síntoma se refiere a una especie de excedente, un Real incrustado en lo sintomático. Piense por ejemplo en la táctica de decir la verdad para ocultar algo (que es una estrategia bien conocida dentro de la propaganda). Todo eso, por supuesto, está muy alejado, por un lado, de la psicología dominante (y de su ambición de ofrecer para trazar directa y científicamente el

ser humano) y, por otro lado, de la dimensión del objetivo que forma la columna vertebral de la filosofía de Ayn Rand.

Con respecto a esto último, Ayn Rand rechaza la psicologización puesto que podría oscurecer el estado objetivo de las cosas. El punto neurálgico aquí es que ella no rechaza tajantemente la psicología o la ciencia de la psicología. Su argumento es el siguiente: la filosofía es el dominio de la razón, la cognición, y la objetividad; el dominio de la psicología es el “subconsciente”, en relación con los deseos, los sentimientos, y las creencias. Según Rand, el subconsciente puede en ocasiones –cuando se dan algunas condiciones patológicas– obstaculizar la razón, la cognición y la moralidad (el campo de la filosofía objetivista); en circunstancias “normales” el nivel psicológico no desempeña ningún papel (Rand, 1971, pp. 23-31). Conforme afirma Rand, esto es lo que los psicólogos o la gente en general echan de menos cuando empiezan a psicologizar campos que no son susceptibles de ello, tales como la razón y la cognición. Por lo tanto, Rand es un ejemplo excelente de aquellos que consideran que la psicologización es el uso desmedido e inapropiado de la psicología. Se pone de presente que Rand no rechaza la posible validez de la ciencia de la psicología (sobre todo como una ‘ciencia del futuro’), y reconoce que existen “psicoterapeutas concienzudos” (Rand, 1971, p. 24). Estos últimos deben entenderse de la siguiente manera: concienzudos o aquellos psicólogos y psicoterapeutas que se adhieren a su propio terreno. Rand escribe:

La tarea de evaluar los procesos del subconsciente del ser humano es competencia de la psicología. La psicología no considera su contenido moralmente, sino médicamente, es decir, desde el punto de vista de la salud o de las enfermedades (con la competencia cognitiva como norma propia de la salud) (Rand, 1971, p. 27).

Así pues, ella, de manera amistosa, le otorga un lugar positivo a la psicología: en el ámbito médico. Pero, ¿no es acaso el lugar que la psicología ocupa tradicionalmente? Como las psicociencias tienen problemas estructurales para establecer su propio ámbito y sus propios paradigmas, recurren con mayor facilidad a las ciencias médicas, y de esta manera evitan ahogarse en sus propias paradojas y falacias. A este respecto, ella tiene sus razones particulares. Rand necesita plantear la psicología como “la otra ciencia” ya que eso le permite establecer la jurisdicción de su llamada “filosofía objetivista” y su presunto ámbito independiente. Sin embargo, el resultado de esto es que, precisamente aquí, Rand recae en la psicología y la psicologización.

Rand recae en la psicología

Me permito empezar este argumento con la afirmación de que la división deseada por Rand, entre un campo psicológico (la jurisdicción de la psicología) y el campo no psicológico (para Rand el campo de la filosofía objetivista) es como tal problemática. Aunque permitiría afirmar “Deténganse ustedes que psicologizan, no crucen esta línea”, Ayn Rand es testigo de cómo la defensa de un campo no psicológico se logra rápidamente precisamente a través de la psicología. Rand escribe:

El fundamento principal de quienes psicologizan es la hostilidad. Causada por una profunda autocondena, miedo y desconfianza en sí mismos, la hostilidad es un tipo de proyección que dirige hacia los demás el odio que la persona hostil siente hacia sí misma (Rand, 1971, p. 25).

¿Qué es esto más que: *vade retro*, ustedes que psicologizan, *vade retro*, en nombre de la psicología? Veamos entonces cómo sigue intentando dividir el terreno entre la psicología y la filosofía objetivista:

No es el subconsciente del hombre, sino su mente consciente la que controla su comportamiento y su juicio moral. Es la mente consciente de un individuo específico la que se debe juzgar (sobre la base de pruebas objetivas) para estimar su carácter moral (Rand, 1971, p. 29).

La “mente consciente” y “su carácter moral” son materia de la filosofía objetivista, o debiéramos decir: la psicología objetivista? Esto es precisamente lo que autores como Robert Campbell y Nathaniel Branden (ambos provenientes del grupo alrededor de la propia Ayn Rand) dan a entender al señalar que a pesar de la crítica que Rand plantea a la psicologización, esto es exactamente en lo que ella está recayendo. Sin embargo, Ayn Rand es más o menos consciente de esto: el título de su ensayo no es en vano “La psicología de la psicologización”. No obstante, reitero, ni Rand ni sus críticos como Campbell y Branden (Branden, 1969; Campbell, 2015) entienden el verdadero carácter de esta paradoja.

Consideremos por ejemplo la siguiente formulación, donde Rand rechaza la proposición básica de Immanuel Kant según la cual no podemos conocer la Cosa (*Das Ding*) tal como es: para Kant existe una realidad “noumenal” que escapa a nuestro conocimiento fenomenológico. Rand escribe:

La afirmación [de Kant] de la inferioridad metafísica de este mundo (como un mundo ‘fenomenal’ de meras ‘apariencias’) es una racionalización del odio a la realidad. La noción de que la razón es incapaz de percibir la realidad y solo se ocupa de las ‘apariencias’, es una racionalización del odio a la razón [...] (Rand, 1984, p. 19).

Uno no puede obviar la paradoja aquí: según Rand, Kant racionaliza por su odio a la razón. Lo cual puede dar una luz a lo que alguna vez argumenté, basado en mi lectura de Christopher

Lasch, que uno se psicologiza por el odio de la psique (De Vos, 2010). Lo que debería entenderse como: uno recurre al ego psicológico para evitar el tema de la división, el sujeto barrado, el nivel cero de subjetividad, o quizás más comprensible: uno se psicologiza para evitar el horror de la inconsciencia.

Con Rand tenemos una forma particular de esta lógica: poniendo la racionalidad, la cognición y la moralidad en el centro de su filosofía objetivista, lo primero que afirma es que estos no son conceptos problemáticos. Si eventualmente hay algo malo en el nivel de la racionalidad, la cognición y la moralidad, entonces lo que hay es un problema psicológico/médico en juego. La psicología es entonces la piedra angular de la filosofía de Ayn Rand: la psicología como la Otra Ciencia que sirve para proporcionar el cierre del Objetivismo. En pocas palabras, Rand necesita la psicología para descartar la posibilidad de que la racionalidad, la cognición y la moralidad puedan ser defectuosos en sí mismos y que puedan estar plagados de antagonismos. Y la paradoja no admitida aquí es que, una vez más, esto implica su regreso a la psicología y la psicologización. Es decir, esbozando un agente capaz de racionalidad, cognición y moralidad, ella representa un Ego fuerte, y aquí es donde ella se aleja del Sujeto Dividido, el sujeto del inconsciente.

Seguramente, el lector crítico edificará en su mente el argumento de que en mi análisis y crítica de la psicología, la psicologización y sus críticas (recayendo en la psicología y la psicologización ellas mismas), mi apelación al psicoanálisis está en sí misma entrando en el terreno psicológico y psicologizador. Es aquí donde amablemente le pido al lector que considere que el psicoanálisis, más allá de ser parte de la psicología, es sobre todo una teoría (y una práctica) de la imposibilidad de cerrar un enfoque psicológico (teórico y práctico) del ser humano. Para concretar este punto, si mencioné en el

párrafo anterior el inconsciente, no me refiero al *subconsciente* psicológico que Ayn Rand trata de cercar. El propio inconsciente psicoanalítico no es la forma en que se llenan o explican médicamente los vacíos del “consciente”, es en contrario *el fallo* de esta conclusión, es lo que hace que el consciente no pueda coincidir plenamente consigo mismo. Si se está de acuerdo en que esto es en cierto modo una representación de lo que trata lo Real *lacaniano*, entonces se podría argumentar, basándose en el argumento de Rand sobre la racionalización del odio a la razón, que Rand recurre a la realidad y a la objetividad *para el odio a lo Real*.

Como tal, las descripciones de Rand del ser humano siempre delinear una totalidad y una plenitud del sujeto. Es por eso que Rand rechaza de forma tajante el argumento de B.F. Skinner:

La propia existencia para uno mismo es casi nada. Los grandes individualistas citados tan a menudo por haber mostrado el valor de la libertad personal han debido sus éxitos a entornos sociales anteriores (Skinner citado por Rand, 1984, p. 145).

Por supuesto, para los psicoanalistas, hay un punto aquí. Basta considerar la afirmación de Lacan según la cual el deseo del sujeto es siempre el deseo del Otro, lo que significa que la identidad y la subjetividad recaen siempre en lo social y lo cultural. Esto es precisamente a lo que Rand se opone: quiere salvar el Ego, el individuo apartado de la sociedad. Sólo hay que considerar cómo en su ensayo “The Property of the Airwaves” escribe: “[...] no existe tal cosa como el ‘interés público’ (aparte de la suma de los intereses individuales de los ciudadanos individuales)” (Rand, 1986, p. 136). De aquí es, quizás, de donde proviene la famosa línea de Margaret Thatcher (*no existe tal cosa como la sociedad*). Nuevamente para nosotros los psicoanalistas, hay un punto aquí: no hay Otro. Pero para los lacanianos el tema es más conciso: *no*

hay Otro del Otro. La sociedad no es un todo, está dominada por un antagonismo fundamental. Al faltar esta parte, Rand y Thatcher creen en la existencia del individuo. Aquí es donde la “filosofía” de Ayn Rand es necesariamente psicológica, ya que intenta describir el Ego como una cuestión firme y objetiva. Pero las raíces del Gran Ego psicológico ficticio de Rand tiene algunos fundamentos más profundos y oscuros.

Ficciones, fantasías y virtualidades randianas

Rand hace una descripción de su unificado, ficticio y gran Ego a partir de un rechazo o incluso un disgusto visceral hacia cualquier ser humano que no encaje dentro de su fantasía: mientras Rand critica la psicologización ella escribe:

El resultado es el estupor y el letargo de aquellos que no son ni niños ni adultos, sino sonámbulos miserables que no quieren despertar. Cualquier cosa puede entrar en sus desordenados cerebros y nada puede salir de él. Las señales que emite son regurgitaciones de eventual azar. (...) Han abdicado de la responsabilidad de sus propios procesos mentales, sin embargo continúan actuando, hablando, tratando con la gente - y esperando algún tipo de respuesta (Rand, 1971, p. 31).

¿Quiénes son entonces los héroes de Rand, sus ejemplos de hombres dignos de nuestra valoración, que la inspiran a representar a sus Supermanes en sus novelas? Lo más notable es que aquí es donde Rand se inspira en los asesinos en serie: en su diario menciona cómo moldeó el personaje central de su (inacabada) novela *The Little Street* a un notorio asesino llamado William Edward Hickman que había secuestrado a una niña de 12 años, la mató, la desmembró para luego rellenar su torso con toallas de baño y acomodar los restos en su coche cuando fue a recoger el rescate del padre rico. Rand profesó que ella tenía una “involuntaria e irresistible simpatía por él (...) a pesar de todo.”: ella escribió: “El hecho de

que parezca un chico malo con una gran sonrisa ganadora, hace que te guste todo el tiempo que estás en su presencia.” (Rand citado en Duggan, 2019, p. 2). Rand elogió particularmente la declaración de Hickman en el juicio: “Soy como el Estado: lo que es bueno para mí es correcto”. Rand escribe: “Aunque no era suficiente vivir con esa gran actitud, merece el crédito por decirlo tan brillantemente” (Rand citado en: Duggan, 2019, p. 2).

Aquí uno no puede sino estar tentado de traer a colación el comentario de Sigmund Freud sobre cómo nos fascinan las figuras o personas que testifican con una actitud narcisista a la que nosotros mismos hemos renunciado:

“... el narcisismo de una persona ejerce gran atractivo sobre aquellas otras que han renunciado plenamente al suyo y se encuentran pretendiendo el amor del objeto. El atractivo de los niños reposa en gran parte en su narcisismo, en su actitud de satisfacerse a sí mismos y de su inaccesibilidad, lo mismo que el de ciertos animales que parecen no ocuparse de nosotros en absoluto, por ejemplo, los gatos y las grandes fieras. Análogamente, en la literatura, el tipo de criminal célebre y el del humorista acaparan nuestro interés por la persistencia narcisista con la que saben mantener apartado de su yo todo lo que pudiera empequeñecerlo. Es como si los envidiásemos por saber conservar un dichoso estado psíquico, una inatacable posesión de la libido, a la cual hubiésemos tenido que renunciar por nuestra parte.” (Freud, [1914]1972, p. 2026).

Pero para dejar claro, Rand argumentó que no admiraba los crímenes del criminal, lo que sí admiraba era cómo los criminales eran perseguidos por la gente común por sus cualidades excepcionales (Duggan, 2019, p. 3). Como mínimo, la destacada estructura de la “filosofía objetivista” de Rand es que está establecida de forma ficticia (como la exponen las novelas) y que se basa en construcciones fantásticas de lo que significa ser un verdadero héroe (un mal

chico ganador). A continuación volveré a ello y examinaré cómo esta estructura, de posicionar a un sujeto fascinado frente a su objeto de admiración, no solo es la base de sus novelas y su filosofía objetivista, sino que también transpira con muchos de los influyentes protagonistas y defensores del capitalismo neoliberal (Alan Greenspan, Ludwig von Mises, Ronald Reagan hasta Donald Trump) que han profesado que Ayn Rand es su principal fuente de inspiración.

Primero pasemos a otra observación destacable. Se puede decir que la filosofía de Ayn Rand, estructurada de manera ficticia y basada en la fantasía, también está respaldando el desarrollo de las tecnologías digitales que se han convertido en algo tan central en la vida económica, cultural y también individual en la actualidad. Por ejemplo, en 2015, el director general de Uber, Travis Kalanick, tuvo que elegir un avatar para su cuenta de Twitter, y optó por la portada de la novela de Rand, *The Fountainhead*. Por otro lado, Peter Thiel, el primer gran inversor de Facebook y un inusual ejemplo de un hombre que se encuentra a caballo entre Silicon Valley y Trumpworld, es un *randiano*. Mientras tanto, Steve Jobs, según su cofundador de Apple, Steve Wozniak, ha considerado a *Atlas Shrugged* como una de sus “guías en la vida” (Freedland, 2017). O como se dice en el documental de Adam Curtis *All Watched Over by Machines of Loving Grace*: “[las computadoras] podrían convertir a todos en individuos heroicos” (Curtis, 2011).

Pero, si los eruditos de Silicon Valley se inspiran en Ayn Rand y su filosofía/psicología objetivista, ¿no equivale esto a darle vuelta al esquema que describí anteriormente: es decir, las fantasías de Ayn Rand que se convierten en “ciencia” (filosofía objetivista) a través de la ficción, finalmente terminan siendo realizadas en la actual digitalización de la realidad? ¿O, fantasías que se convierten en realidad virtual! De ahí que el poder y el impacto de Silicon Valley se preocupe

en primer lugar por dar forma a la individualidad y la socialidad (a través de la preconfiguración de los avatares y el entorno digital, los marcadores de posición de la subjetividad y la intersubjetividad) precisamente a partir de la ficción. Su inspiración randiana demuestra así que la digitalización no consiste en modelar la realidad basándose en relatos científicos, sino en dar a las ficciones y fantasías una forma más real de la vida dentro de lo virtual. Por lo tanto, la digitalización es siempre una virtualización de segundo orden, que se basa en una virtualización previa o en la ficción de la realidad.

Es por esto que la “filosofía objetivista” de Rand es tan útil para los arquitectos de los mundos digitales. En el ensayo sobre Skinner, criticando al autor Ellsworth Toohey, Rand escribe: “Si has leído *The Fountainhead*, entenderás la relación: él es el Gus Webb del Ellsworth Toohey del Sr. Skinner” (Rand, 1984, p. 159). ¿Es esta entonces la última postura objetivista: para entender cómo son las cosas en realidad, ¡lea mis novelas!? Desde luego, esta es la misma estructura de: para entender cómo es el mundo, vaya a la World Wide Web. Por lo tanto, es dentro de lo digital que las ficciones de Ayn Rand se realizarán y se harán objetivas. Porque, si te gustan las cosas naturales, lo objetivo, la forma en que las cosas son en sí mismas, estás en el reino de lo fantasmático y lo mítico (por eso Ayn Rand tuvo que escribir ficción). Hoy en día el reino para convertir las fantasías en realidad es el digital y el virtual.

Esto, por supuesto, nos conduce de inmediato a los terrenos políticos: pensemos en Fred Turner sosteniendo en un reciente documental de televisión que para los magnates de Silicon Valley, el Internet trata sobre “la esperanza de que podamos construir tecnologías de la conciencia que transformen el mundo social sin gobierno” (Turner en: Meerman, 2015). La minería de datos, para hacer negocios u organizar la

sociedad, no necesita de la agregación pública: puede basarse en la atomización, en la red de individuos aislados. Aquí tenemos la visión del mundo político de Rand hecho realidad a través de la tecnología. Esta es la idea central: poner a la población en la red, usar los algoritmos correctos/buenos y la gente comenzará a orientarse de forma más natural. Puede parecer neutral, es decir, parecer más allá de la ideología, pero por supuesto, es precisamente ahí, a nivel de los algoritmos, donde entran en juego las teorías y modelos psicológicos. Son estos últimos los que proporcionan los guiones ficticios para organizar, dar forma y, en consecuencia, explotar la subjetividad y la socialidad.

Mientras conducía por los campus de Google y Apple en el documental de televisión mencionado anteriormente, Fred Turner comenta sobre la arquitectura suave y discreta:

“...no quieren demostrar poder...”; “...ellos no quieren hacerse públicos...”; “...ellos no creen que exista un espacio público genuino al que deberían servir...”; “Google, Apple, ellos quieren construir su mundo [...] queremos ayudar a las personas a identificarse [...] participar en un consumo colaborativo complejo. Genial. El público, ¿qué es eso? Las gente se cuidará...” (Turner citado por Meerman, 2015, p.).

Para las compañías mencionadas por Turner lo social no existe; la sociedad, el público no existe. ¿El mundo y las personas entonces? Bueno, solo fabricamos estas a lo largo de las líneas de nuestras fantasías. Por lo tanto, la digitalidad no se trata de oprimir los botones correctos, de tener la tecnología alineada con la ciencia, alineado con la neuropsicología humana ya sea involuntariamente o por diseño. Esto es, en cambio, sobre hacer que la ficción funcione, tal como Ayn Rand hizo que su filosofía objetivista funcionara en sus novelas. Para Rand, la psicologización debe ser considerado como la mala ficción:

La vieja señora que habla sobre su operación es una aburrida conocida; ella no es nada comparada a la mujer jovial que no para de hablar sobre sus problemas psicológicos, con una imaginación paupérrima que impide que sean buena ficción (Rand, 1971, pp. 29-30).

Por supuesto que para mí, la ficción objetivista de Rand sufre de lo mismo y equivale a la misma psicología paupérrima del ego, celebrando el fuerte ego, en la forma del hombre blanco, apuesto, exitoso y heroico, con el que ella fantaseaba ¿se me permite psicologizarla? Esta mala ficción ahora se ha vuelto digital.

Hacia una crítica política

Aquí podemos regresar a la pregunta del pensamiento crítico. Lo que espero que el problema de Ayn Rand y las subsiguientes inspiraciones randianas nos demuestren es que no podemos y no debemos oponer teorías y modelos argumentando que no responden a la realidad. Por el contrario, debemos oponer teorías y modelos (después de primero discernir su estructura ficcional y fantasmática) al señalar que engendran y crean ciertas realidades que tenemos que rechazar. O para ponerlo en términos más simples: la crítica se trata de prevenir que las malas ficciones teóricas sean realidad.

¿Pero entonces cómo debemos oponernos a la mala ficción? ¿Debemos nosotros mismos escribir novelas y “explicar” y recrear el mundo con ellas? ¿O simplemente ya tenemos un *Atlas Shrugged* de izquierda? Y entonces ¿debemos darle este *Atlas Shrugged* de izquierda a los héroes de Silicon Valley, o a aquellos de Zhong Cuan Cun, el centro de tecnología en el distrito de Haitian de Beijing en China? Pero claramente, esto no podría ser simplemente nosotros, los izquierdistas, porque ¿no somos nosotros, en primer lugar, los que hacemos la crítica, las explicaciones de por qué la gente está atrapada en la ideología?

¿Deberíamos entonces explicarle al público y especialmente a sus aficionados que, con respecto al *Atlas Shrugged* de Rand, están atrapados en la ficción? ¿Deberíamos hacer un análisis literario y explicar los mecanismos de atracción para contrarrestarlos? ¿Debemos estar inspirados por los izquierdistas lacanianos como Yannis Stavrakakis y reconocer que hay “goce” involucrado en esto? ¿Con el fin de qué poner al descubierto todo eso, o tal vez para usar esos mecanismos nosotros mismos (Stavrakakis, 2007)? Eso sería la idea de oponer a las tácticas ideológicas basadas en las malas psicologías ficticias nuestras propias estrategias basadas en verdades psicoanalíticas. Piensa con respecto a William Connolly, el político teórico Deleuziano, quien argumenta que el derecho usa técnicas neuropsicológicas para influenciar a las personas, entonces su argumento es: hagamos lo mismo desde la izquierda pero al mismo tiempo explicándole a las personas lo que hacen y el porqué (Connolly, 2002). Claro que esto no solo redoblaría la posición de Ayn Rand (repitiendo su mensaje: *estás atraído, déjanos mostrarte cómo puedes escapar*), añadiría a eso extra neuropsico-técnicas *que te obligan a pensar por ti mismo*.

He escrito contra Connolly en otra parte, argumentando que confunde la neuropsicología con una ciencia indiscutible y sin problemas, mientras que yo afirmo que para practicar la neurociencia, se necesita la psicología (De Vos, 2013). Por lo tanto la pregunta es: ¿qué modelos y teorías psicológicas se eligen cuando se practica la neurociencia? E hice este punto: el psicoanálisis no es alternativo en este caso. Es decir, yo afirmé, a final de temas como la pulsión de muerte, el *objeto a* y la transferencia que no se pueden escanear (De Vos, 2016). O dicho de otra manera, el psicoanálisis, no es una psicología, y por lo tanto no puede ofrecer simples categorías psicológicas o tipos naturales para ser escaneadas: solo las puede desconstruir, mostrando sus paradojas y mostrando su falta de un terreno definitivo.

Ahora la pregunta puede ser, ¿podemos utilizar el psicoanálisis para lo virtual y lo digital; es decir, el psicoanálisis puede ser algoritmable? De nuevo, digo que no. En el mismo modo como la revolución no va a ser televisada, el *objeto a* no va a ser digitalizado. Lo singular no es algoritmable, lo singular es el punto muerto en el algoritmo. He intentado hacer este argumento en otra parte (De Vos, 2020), pero por ahora, déjeme abordar esto desde otro ángulo. Porque, tal vez más importante que *qué hacer con las concepciones psicoanalíticas en lo virtual* es quizás la pregunta *qué hacer con los temas psicológicos que ahora estructuran la digitalización*. Es decir, desde un punto de vista político, de izquierda, si quisiéramos nacionalizar Facebook y los demás, ¿entonces cómo se organizaría a *una red social nacionalizada*? ¿Debería preguntarle a sus usuarios cómo se sienten e incitarlos a compartir sus sentimientos? ¿Debería usar alguno o ninguno de estas características psicologizadoras? ¿Y qué pasaría con un Tinder nacionalizado u otras aplicaciones de citas? ¿O deberíamos eliminar Tinder y Grinder de la web, ya que, como argumenta el filósofo húngaro Srećko Horvat, cambian nuestra “vida emocional” en una mercancía y atrapan a los adolescentes en una cultura narcisista digital (Horvat en: Van Valkengoed, 2019)?

Tal vez deberíamos fijarnos a la posición de Robert Pfaller: Pfaller, un filósofo del arte, argumenta que *la teoría no puede decirle al arte qué pensar, solo le puede decir al arte qué no pensar* (Pfaller, 2017, p.92). En el mismo modo, la crítica psicológica que desarrollé aquí no puede dar la base de la tecnología, pero, en vez soló puede demostrar qué no debe constituir la basa de la tecnología. Así que, si la crítica se trata de oponer teorías y modelos (y su base ficcional y fantasmática y las realidades político-económicas y culturales que ellos crean), todo esto no puede ser hecho de una supuesta perspectiva objetiva y puramente científica: al contrario, esto debe ser realizado desde

un punto de vista político, comprometido y partisano. Por lo tanto, para reiterar: no debemos oponer teorías y modelos argumentando que no responden a la realidad, sino que debemos oponernos a las teorías y modelos ya que engendran realidades ideológicas que nosotros, por razones políticas, rechazamos.

Conclusiones

Ayn Rand se dirige a su lector como aprendiz a través de su filosofía objetivista y afirma:

Si mantienes una mente activa, descubrirás (...) que cada desafío que examines fortalecerá tus convicciones, que el rechazo consciente y razonado de las teorías falsas te ayudará a aclarar y amplificar las verdaderas, que tus enemigos ideológicos te harán invulnerable proporcionando innumerables demostraciones de su propia impotencia (...) (Rand, 1984, p. 21).

Observen el fuerte interpelativo “tú” aquí. ¿No será por eso que Ayn Rand es tan atractiva? Ella promete iluminación a los iniciados: ¡tú también puedes convertirte en un héroe crítico invulnerable! ¿Pero, no estamos nosotros atrapados en la misma ambición cuando discutimos: *¿crees que los escritos de Ayn Rand te dicen la verdad y te muestran la salida? Bueno, déjame decirte esto: estabas cegado y estos son los mecanismos psicológicos y los trucos retóricos que ella usa para prometerte la salvación*. Aunque, a partir de aquí, podríamos pensar que tenemos derecho a reclamar: al menos nosotros, los izquierdistas, no te estamos prometiendo ningún camino brillante hacia la salvación.... Pero tal vez esto es demasiado simple ya que se pierde la doble capa con Ayn Rand. Quizás, en realidad no está prometiendo a sus aficionados el camino al heroísmo. Ella escribe:

Si llegas al día en que estos elementos esenciales se conviertan en tus valores absolutos, habrás entrado

en la Atlántida, al menos psicológicamente; lo cual es una condición previa a la posibilidad de entrar en ella existencialmente (Rand, 1986, p. 22).

¿Qué significa esto, ‘psicológicamente’? ¿Debes y puedes primero convertirte en un héroe en tu mente (psicológicamente), es decir, para nosotros los psicoanalistas, en tu fantasía? ¿Para hacer qué? La respuesta es, por supuesto: para permanecer allí, atrapado en su fantasía.

Para leer esto correctamente, introduzcamos el análisis de Myka Tucker-Abramson sobre el devenir de personajes como Eddie Willers y Cheryl Taggart en *Atlas Shrugged*. Según Tucker-Abramson, en la novela, ningún personaje trasciende realmente sus posiciones de clase y este fracaso de trascender es siempre catalogado como un fracaso personal. Tucker-Abramson escribe: “así las cosas, el lector debe identificarse con el capital si quiere identificarse con el desarrollo de la novela” (Tucker-Abramson, 2018, p. 90). El lector debe, pues, identificarse con Dagny y Galt (los verdaderos y plenos héroes) mientras ellos sigan siendo Eddies y Cheryls. Tucker-Abramson continúa: “Sin embargo, el final de la novela es feliz porque el lector ya no se identifica con la clase media victimizada sino con las fuerzas del capital” (Tucker-Abramson, 2018, p. 90). Por lo tanto, el lector es llevado sobre todo a una “identificación” con los ganadores, mientras permanece atascado en su posición actual. Si vamos a seguir esta crítica, nuestra tarea sería explicar al lector y adepto de Rand: te sientes atraído por cómo son realmente las cosas, pero al final te quedas encerrado en esa posición, ya que se te dice “quédate donde estás, solo mira a los verdaderos héroes”.

Tal vez esto concuerde con mi crítica sobre la psicologización y la neurologización: la atracción hacia el psicodiscurso y el neurodiscurso (usted es esto o aquello) sucede con el fin de identificarse, no con su supuesto “yo psicológico” o el cerebro

como tal, sino, más bien, con la perspectiva del experto. Esta atracción te interpela a identificarte con la mirada del experto y no con lo que se dice que eres. Pero esta posición de experto en sí misma nunca la alcanzarás, solo estás invitado a admirar al experto. Así que al final el mensaje es: dímelo y deja ir cualquier resistencia a aquellos que te dicen cuál es el destino del ser humano.

Por lo tanto, si se me permite volver aquí a la fascinación de Rand por las figuras narcisistas como criminales, la sugerencia de que la propia Rand sería una sociópata o “al menos una narcisista maligna” (ver por ejemplo: Duggan, 2019) podría perder la visión freudiana en la cual me he apoyado mayormente: es decir, Ayn Rand está sobre todo fascinada por los sociópatas y los narcisistas malignos. Es precisamente a partir de esta fascinación y sus fantasías posteriores que establece la estructura fuertemente interrelativa de sus novelas: atraer a otras personas para que se fascinen con sus héroes sociópatas y narcisistas, no para que se conviertan realmente en ellos, sino para que permanezcan encerrados en la admiración y la fascinación.

Además, se puede decir que esta identificación randiana proporciona la base para la subjetividad dentro del capitalismo neoliberal: identificarse con las fuerzas del capital y permanecer dentro de su posición subordinada. Y quizás esto es precisamente de lo que también se trata la digitalización. Para reformular las palabras de Rand: conviértete en un héroe de lo digital y lo virtual, de esta manera habrás entrado en la Atlántida, al menos psicológicamente; lo cual es una condición previa a la posibilidad de no entrar *nunca* en ella existencialmente. Por lo tanto, Rand podría no llevar a una sobreidentificación como lo ha argumentado Slavoj Žižek, debilitando el capitalismo contemporáneo, más bien, ella conduce a la identificación propiamente dicha. Releyendo de una manera althusseriana un poco torcida, Rand le interpela

para que se identifique con el héroe y se encierre en la posición del aficionado. Esta es la posición de los votantes de Trump: identificándose con los ricos y poderosos votan por un régimen que socava sus propios derechos y beneficios, mientras se aseguran de que el multimillonario se libere de los impuestos o de las regulaciones gubernamentales.

La tarea del pensamiento crítico es en consecuencia, trascender la psicologización de, por

ejemplo, los aficionados de Ayn Rand y/o los votantes de Trump, y en cambio, discernir sobre cómo se movilizan las teorías y modelos psicológicos en la novela de Rand, las tecnologías y entornos digitales actuales; y a partir de ahí, analizar las posiciones subjetivas en juego. Para hacer esto último, en mi opinión, se necesita el marco no psicológico del psicoanálisis, aceptando que éste a su vez solo llega hasta el extremo para luego pasar a una crítica política y partidista de las realidades que nos atraen.

Referencias

- Branden, N. (1969). *The psychology of self-esteem: A new concept of man's psychological nature*. Los Angeles: Nash Publishing.
- Browne, M. (2019). Slavoj Žižek: 'Trump is really a centrist liberal'. *The Guardian*. Retrieved from <https://www.theguardian.com/books/2016/apr/28/slavoj-zizek-donald-trump-is-really-a-centrist-liberal>
- Campbell, R. L. (2015). The prohibition against psychologizing. *The Journal of Ayn Rand Studies*, 15(1), 53-66. <https://doi.org/10.5325/jayrandstud.15.1.0053>
- Connolly, W. E. (2002). *Neuropolitics: thinking, culture, speed*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Curtis, A. (Writer). (2011). *All watched over by machines of loving grace*. London: BBC2.
- De Vos, J. (2010). Christopher Lasch's The Culture of Narcissism: The Failure of a Critique of Psychological Politics. *Theory & psychology*, 20(4), 528-548. <https://doi.org/10.1177/0959354309351764>
- De Vos, J. (2012). *Psychologisation in times of globalisation*. London: Routledge.
- De Vos, J. (2013). Interpassivity and the Political Invention of the Brain: Connolly's Neuropolitics versus Libert's Veto-right. *Theory & Event*, 16(2). <https://doi.org/10.1353/tae.2013.0034>
- De Vos, J. (2016). *The metamorphoses of the brain. Neurologization and its discontents*. New York: Palgrave Macmillan.
- De Vos, J. (2020). *The Digitalisation of (Inter)Subjectivity: A Psi-Critique of the Digital Death Drive*. New York: Routledge.
- Duggan, L. (2019). *Mean Girl: Ayn Rand and the Culture of Greed*. Oakland: University of California Press.
- Freedland, J. (2017). The new age of Ayn Rand: how she won over Trump and Silicon Valley *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/books/2017/apr/10/new-age-ayn-rand-conquered-trump-white-house-silicon-valley>

- Freud, S. (1972). El chiste y su relación con lo inconsciente En L. López Ballesteros (Trad.), *Obras completas* (pp. 1029-1168). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. ([1914]1972). Introducción al narcisismo. En L. López-Ballesteros (Trad.), *Obras completas* (pp. 1760-1779). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Furedi, F. (2004). *Therapeutic culture: cultivating vulnerability in an uncertain age*. London: Psychology Press.
- Marano, H. E. (2017). Shrinks Battle Over Diagnosing Donald Trump. *Psychology Today*. <https://www.psychologytoday.com/blog/brainstorm/201701/shrinks-battle-over-diagnosing-donald-trump>
- Meerman, M. (Writer). (2015). *Cybertopia dreams of silicon valley*. In VPRO-Backlight (Producer).
- Pfaller, R. (2017). *Interpassivity. The Aesthetics of Delegated Enjoyment*. Edinburgh: University Press.
- Rand, A. (1971). *The psychology of "psychologizing"*. *The Objectivist*, 10(3), 1-8. <https://doi.org/10.5325/jaynrandstud.15.1.0053>
- Rand, A. (1984). *Philosophy: who needs it*. New York: Signet.
- Rand, A. (1986). *Capitalism: the unknown ideal*. New York: Signet.
- Rankin, A. (1996). Christopher Lasch and the Moral Agony of the Left. *New Left review*(215), 149-155. <https://newleftreview.org/issues/i215/articles/aidan-rankin-christopher-lasch-and-the-moral-agony-of-the-left.pdf>
- Stavrakakis, Y. (2007). *The Lacanian Left. Psychoanalysis, theory, politics*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Tucille, J. (1972). *It Usually Begins with Any Rand*. San Francisco: Cobden Press.
- Tucker-Abramson, M. (2018). *Novel Shocks: Urban Renewal and the Origins of Neoliberalism*. New York: Fordham University Press.
- Van Valkengoed, E. (2019). Protesting in the age of social media. Interview with Srecko Horvat *Are We Europe*. <https://magazine.areweeurope.com/stories/silentrevolutions/ellyn-valkengoed-protesting-in-the-age-of-social-media>
- Žižek, S. (2002). The Actuality of Ayn Rand. *The Journal of Ayn Rand Studies*, 3(2), 215-227. <https://www.jstor.org/stable/41560187?refreqid=excelsior%3A294219dc29e531f1a1bd f7792abac6cb>